

RESEÑA

José Ramón ARANA, *El cura de Almuniaced (cuentos)*, edición, introducción y notas de Luis A. Esteve Juárez, Sevilla, Renacimiento («Biblioteca del Exilio», 2005), con la colaboración del IEA, 281 páginas.

Víctor PARDO LANCINA
Periodista

José Ramón Arana todavía no había adoptado este, su nombre literario, el 18 de julio de 1936 cuando, huyendo de la sublevación militar y el consiguiente estado de guerra ordenado por el general Cabanellas en Zaragoza, recaló en Monegrillo con su familia, el pueblo en el que se encontraba su madre. El verdadero nombre del escritor era José Ruiz Borau y había nacido en Garrapinillos (Zaragoza) el 13 de marzo de 1905. Republicano, socialista y militante de la activa Asociación de Empleados de Banca del sindicato UGT, Arana no dudó acerca de las intenciones de los militares insurgentes y buscó un destino menos peligroso para él y los suyos. Del ambiente que se vivió en estos primeros días de la guerra civil española en Zaragoza y en los pueblos de Los Monegros dejó constancia en dos narraciones breves, *¡Viva Cristo Rey!* (1980, inacabada) y sobre todo *El cura de Almuniaced* (1950), escrita en su fructífero, desde el punto de vista intelectual, exilio de México.

Tras el estallido de la contienda civil y una vez sofocada la asonada en Barcelona, se organizan una serie de columnas milicianas que en dirección a Zaragoza y Huesca, en poder de los militares rebeldes, tratarán de restablecer la legalidad republicana en Aragón. En su inicialmente rápido avance, fueron tomando posiciones en dirección a la sierra de Alcubierre, que domina el espacio de Los Monegros, estableciendo al tiempo cuarteles en los pueblos bajo su control. Una de las primeras acciones revolucionarias en cada lugar consistía en la quema de los archivos municipales, los ornamentos religiosos, el patrimonio artístico de la iglesia y, en abundantes casos, el fusilamiento del párroco. Los curas de Grañén, La Almolda, Castejón de Monegros, Sariñena, Tardienta, Villanueva de Sijena, Peñalba... fueron pasados por las armas a finales de julio o en los primeros días de agosto. Pero otros

se salvaron huyendo a tiempo, o gracias a la intervención de los mismos comités locales que intercedieron por su vida, en ocasiones escondiéndolos en pajares y mases: Lanaja, Torralba, Huerto... Es bien sabida la intervención del carismático líder anarquista Buenaventura Durruti para salvar al párroco de Aguinaliu, Jesús Arnal, quien escribiría su propia experiencia en un libro memorístico. Menos conocida es la historia del titular de Albalatillo, igualmente puesto a buen recaudo por el comandante del PSUC Alfonso de los Reyes, que mandaba en el aeropuerto de Sariñena. También los párrocos de Farlete y Monegrillo conservaron la vida huyendo a Zaragoza. El titular de Farlete, no obstante, protagonizó el 29 de julio, junto a cuatro fascistas de la localidad entre los que se encontraban un juez, un fiscal y el alcalde, un intento de asalto en Monegrillo, donde buscaban armas y también a los más significados elementos izquierdistas. La acción acabó en tiroteo, del que solo se salvaron el cura y un vecino que acompañó al grupo.

José Ramón Arana convierte Monegrillo en Almuniaced y, tomando elementos de la realidad de unos y otros lugares, moldea la vida de un temperamental mosén Jacinto, que será víctima de su propio carácter y del fusil de un moro cuando las tropas nacionales tomen la localidad en marzo de 1938: «¡lo han matado los suyos, los suyos!», lamenta profundamente conmovida su casera, sin caer en la cuenta de que, en realidad, mosén Jacinto «no era de nadie».

El cura de Almuniaced recrea en unas pocas páginas, aunque de una intensidad dramática nada común en la literatura relacionada con la guerra civil, un buen número de ideas y de formulaciones políticas puestas en liza en la España de 1936, si bien a través de la actitud decidida de un cura escasamente convencional para la época. De un lado, las personas de orden, propietarios, hacendados y rentistas, tienen en el religioso a un aliado natural, aunque recelan por su estilo más próximo al campesino y al pobre. Estos, por su parte, si bien lo sienten cercano en su labor evangelizadora, no pueden dejar de ubicar la autoridad del cura en el estatus social de «los otros», sus enemigos de clase. La guerra llevará al párroco a denunciar la violencia y la barbarie, el odio tan contrario a la ley de Dios que atizan las derechas. Pero también se enfrentará a los desafortunados columnistas, que no dudan en aplicar una violencia revolucionaria expeditiva. En este caso, don Jacinto encontrará como valedores a las gentes llanas de su pueblo.

Tiene el mosén, como certeramente señala Luis Esteve en la cuidada y pulcra edición que anota, algo del unamuniano *San Manuel Bueno, mártir*. Obvio es subrayar, igualmente, el parentesco que se establece a menudo con el *Réquiem por un campesino español* de Sender, su *Mosén Millán*, si bien esta obra está escrita con posterioridad, en 1953.

El inicio de la guerra sumirá al buen párroco en una situación de conflicto personal que hará tambalearse su fe. Una fe cristalina, limpia, en consonancia con el paisaje luminoso y la naturaleza que pone al cura en comunión con Dios. Arana describe con lirismo y emoción el entorno de Monegrillo, sus sierras, los horizontes

sobrecogedores en los atardeceres de Los Monegros, y cómo el párroco absorbe los matices cromáticos y los olores para cimentar su gran homenaje al Creador. Las gentes, elementales y bondadosas, a pesar del carácter áspero y de natural descreído, tienen un fondo de buena intención y, además, respetan al sacerdote. Pero el golpe de Estado del 18 de julio lo cambia todo. Los españoles han enloquecido y están dispuestos a arruinar sus vidas y la patria misma. El equilibrio se ha roto y nada tiene solución: «unos y otros estáis podridos de odio», dice el cura, y «gane quien gane, España está perdida». El autor, desde el exilio que todo lo impregna de nostalgias y de un pesimismo radical, reflexiona a través de su personaje: «No hay *después* [subrayado en el original]. Un día callarán los fusiles y alguien dirá que ha llegado la paz, pero será mentira. La guerra estará en nosotros y nosotros en ella, inmóviles en este tiempo; ¡que no se puede matar y ver morir impunemente!».

Sin embargo, a diferencia de Manuel Bueno, que avanza en dirección a la descreencia, mosén Jacinto, al tiempo que clama vehemente contra la iniquidad de los fusilamientos y la brutalidad de la guerra, va recorriendo, imperceptiblemente, el camino opuesto. En el fondo de su conciencia, en sus «adentros», late siempre la máxima de Unamuno: «Antes quiero verdad en guerra que no mentira en paz», y en este pensamiento resuelve sus íntimas contradicciones el mosén para alcanzar su verdad. «¿Usted cree que habrá Dios?», le pregunta en su agonía un anciano de alma noble: «Y yo, ¡cómo no había de creerlo si lo llevaba él en los ojos!».

No debe leerse *El cura de Almuniaced* como una novela de tesis moral, tampoco religiosa. Aunque no falten elementos para adscribir el relato a cualquiera de los epígrafes o a ambos, la obra de Arana es una novela del exilio ambientada en el mundo rural aragonés de la guerra civil. Una gran obra, recuperada en el año en que se cumple el centenario del nacimiento del escritor, enterrado en Monegrillo el 23 de julio de 1973.

Destaquemos, igualmente, el erudito trabajo de edición del profesor Esteve Juárez, que ha incorporado al volumen diez cuentos y otro inédito aunque inconcluso, *Cristobalón*, una historia de pastores ambientada en el Aragón que tanto amó Arana.